

Las tijeras de don Ramón

Santos Juliá

Era la obra de su vida, su gran obra. Desde que desaparecieron, perdidos en algún saqueo de la guerra civil, los papeles que había acumulado para escribir una historia de la Casa de los Trastámara, don Ramón había pasado largos años encerrado en el Archivo de Simancas, reconstruyendo hasta el último detalle las finanzas de Carlos V, su vida, sus empresas bélicas. Lo sabía todo del César y de sus banqueros, de la vida económica de Castilla y de la Hacienda Real, de los pecheros y de sus impuestos.

Labró así una obra monumental, en tres volúmenes que fueron apareciendo -como recuerda Antonio M. Bernal en el magnífico estudio preliminar escrito para esta ocasión- con la distancia de 27 años, en la editorial Moneda y Crédito, vinculada al Banco Urquijo, cobijo que fue de distinguidos intelectuales del círculo de Ortega. Don Ramón también había formado parte de ese círculo y, como tantos otros intelectuales, se alistó en la Agrupación al Servicio de la República. En diciembre de 1931, Azaña, deseoso de atraer a Ortega, le llamó para ocupar un ministerio en su nuevo gobierno. Lo rechazó, recordaba no sin pesar, después de consultar a su jefe político.

Al terminar la guerra, privado de su cátedra hasta 1945, empleó sus ocios en revolver los papeles de Simancas que sirvieron como sólido cimiento a sus tres volúmenes, escritos con la misma delectación morosa que dedicaba a documentar dónde había pasado el César la noche de tal o cual día. Casi lloraba escribiendo, cuando de su estilográfica de grueso plumín salía, al compás de su mano en calma, un relato de cierto sabor arcaizante, pulido, preciso, de un contenido barroquismo.

Ya se comprende el sufrimiento que le causaba atender la solicitud de los editores comerciales que querían ofrecer a un público más amplio una versión abreviada de la obra original. Había que resumir, pero don Ramón era incapaz de abreviar lo escrito, de romper el ritmo y el color de sus frases. Se resistía a emprender la tarea hasta que un amigo le prometió su ayuda. Comenzó el trabajo, pero era tanto el amor que sentía hacia su texto que decidió no resumir sino podar, dando por hecho que las tijeras sólo él podía utilizarlas. Leía su libro en voz alta y preguntaba a su amigo: ¿qué te parece si cortamos de aquí hasta aquí? Y su "auxiliar en el manejo de las tijeras" le respondía, invariablemente: muy bien, don Ramón, me parece muy bien. Y así seguía la lectura, y así continuaba la poda, y así asentía su amigo, en la fresca salita del bajo de su casa que daba a la calle Álvarez Quintero de Sevilla.

De vez en cuando, parábamos y llegaba hasta nosotros el trajín de la gente, ajena por completo a que detrás de la ventana sufría don Ramón, podando el gran árbol de su vida.

[Nota a propósito de: Ramón Carande, Carlos V y sus banqueros. Edición abreviada. Estudio preliminar de Antonio Miguel Bernal. Crítica, Barcelona, 2000, 612 páginas, publicada en Babelia, El País, junio de 2000].